



Salute es un gato hermoso, color azafrán, pero suele estar tan malhumorado que no le ha quedado ni un solo amigo. Vive en Mar Azul y para cuando termina el verano casi no se puede hablar con él.

Una mañana iba caminando por la playa cuando, de pronto, oyó un llanto. Generalmente, las lágrimas le paraban los pelos de punta, pero había tan poco para hacer, que decidió echar un vistazo. Detrás de unas rocas, vio una gaviota pequeña.

—¿Por qué lloras? —preguntó de mala manera y sin acercarse demasiado.



—Mis hermanas han partido y ya no podré alcanzarlas.
—Bah, escaparon porque no soportan que llores, eso es lo que ha ocurrido. Yo habría hecho lo mismo. Detesto el llanto.

El gato retomó su camino sin molestarse en saludar. Pero, apenas se había alejado unos pasos, escuchó:

—Se fueron sin mí porque no aprendí a volar.

—Apenas te vi me di cuenta de que eras tonta —contestó él.

Entonces la gaviota comenzó a llorar verdaderamente fuerte. Salte decidió volver sobre sus pasos para hacerla callar.



—Si sigues llorando así, van a venir los playeros y me van a correr de aquí pensando que te quiero comer. Porque supongo que sabes que los gatos comen pájaros, ¿no? Yo ya he comido algo esta mañana, si no lo consideraría. Bueno, está bien, era un chiste, basta ya. ¿No me estás escuchando? Basta, te dije. BAS-TA.

Pero no había forma de hacer callar a la gaviota.

Salute pensó seriamente en irse de allí. ¿Para qué necesitaba él más problemas? ¿No tenía bastante con el aburrimiento de estar solo y la preocupación de la comida diaria? Una gaviota llorona y abandonada por no saber volar no podía significar más que dificultades. Sin embargo, se acercó. Esa tonta se tapaba los ojos con las alas y estaba acurrucada debajo de una cuevita que formaban las rocas.